



Teología de la vulnerabilidad: un recorrido a través del arte *

Bert Daelemans, S. J.^a

En *El amor en los tiempos del cólera*, la novela preferida del propio García Márquez, este observa, como de pasada, que “los viejos, entre viejos, son menos viejos”¹. Como la vejez se suele relacionar con la vulnerabilidad, aún más en tiempos de pandemia, podríamos parafrasear, sin cambiar mucho el sentido: “Los vulnerables, entre vulnerables, son menos vulnerables”.

La vida es frágil, natural y, podríamos decir, quijotesca: ¿quién no se siente herido por la vida, por el amor, por la muerte? (ver a Miguel Hernández). La fragilidad es nuestra condición humana, querámoslo o no. Ahora bien, la fragilidad también puede ser el punto de partida de una *habilidad* especial que se llama *vulnerabilidad* o la “capacidad de ser herido”, es decir, la fragilidad *acogida y orientada hacia otra persona*. En este sentido, la vulnerabilidad es el auténtico y quizás el único umbral donde encontrarnos entre seres heridos. Como dice el teólogo español Pedro Rodríguez Panizo: “No hay verdadero diálogo sino de herido a herido”².

En efecto, solo se puede hablar de encuentro auténtico y duradero si se da entre seres vulnerables, seres capaces de ser heridos sin derrumbarse y sin esconderse

* *Lectio inauguralis*, dictada por el autor en la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, el 6 de febrero de 2024.

^a Profesor de Teología sistemática en la Universidad Pontificia Comillas, de Madrid, España, y en la Universidad de Lovaina, Bélgica.

¹ Todas las citas del Nobel colombiano en esta *lectio* están tomadas de García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*.

² Rodríguez Panizo, *La herida esencial*, 156.

ni escaparse de la vida; los que no se esconden tras máscaras, los que abren puertas y ventanas para dejar entrar al otro, al diferente. En este sentido, propongo una definición positiva y esperanzadora de la vulnerabilidad: no el mero sinónimo de la fragilidad o de la debilidad, sino lo que va más allá de ellas, transformándolas desde dentro³.

De esta fragilidad convertida y convencida, entusiasmada y desplegada en auténtica “vulner-habilidad” trata esta lección, que también hubiera podido llamarse sencilla, y sin duda más modestamente, “El arte de la vulnerabilidad”. En efecto, ser vulnerable es todo un arte; y, más aún, es un arte despreciado, a pesar de la pandemia o gracias a ella. Seguramente porque se desprecia lo que se ignora, como bien acertó a decir Antonio Machado.

La pandemia nos ha revelado la suma fragilidad de nuestra desgraciada condición humana; pero parece que todavía no hayamos aprovechado la oportunidad a nivel mundial para seguir la invitación que la fragilidad nos ofrece y que, bien llevada, nos introduce en la vulnerabilidad como agraciada condición humana. Por tanto, esta lección aspira a seguir la línea trazada por la filósofa estadounidense Martha Nussbaum en su obra *La fragilidad del bien*: “La peculiar belleza de la excelencia humana reside justamente en su vulnerabilidad”⁴.

Si la vulnerabilidad es un arte, es el arte del equilibrista atrevido que, confiado, da pasos en el vacío, evitando hábilmente tanto el abismo del ingenuo que se deja pisar por exhibir una grotesca e impúdica transparencia como la reclusión del cobarde aburrido que no vive por miedo a resultar herido.

A mi modo de ver, la vulnerabilidad no sería un arte si no albergara en su corazón una atrayente fortaleza, auténtico meollo y columna vertebral de la vulnerabilidad como virtud y como habilidad. En efecto, es la paradójica fuerza de la fragilidad la que nos fascina y nos convence de que la vulnerabilidad no solo es una condición, sino el cauce y el camino de salvación.

Como fortaleza, la vulnerabilidad no es compatible con la inseguridad; es todo lo contrario: vulnerable es quien se arriesga. El riesgo es lo que hace atrayente al vulnerable. Arriesgarse es la atrayente fuerza del frágil que sale de sí no por miedo, sino decididamente. Sumamente capaz de ser herido sin perder su dignidad y su nobleza.

Además, el vulnerable, más que meramente frágil y débil, es sumamente libre. Dotado de esa atrayente fortaleza que le hace libre, heroicamente expuesto a todos los vientos contrarios, también sabe cuándo “sacudir el polvo de los pies” (Mt 10,14)

³ Véase un desarrollo más pormenorizado en Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*, y Daelemans, *La fuerza de lo débil: paradoja y teología*.

⁴ Nussbaum, *La fragilidad del bien*, 29.

para que no abusen de él. Como dice San Pablo: “En apuros, pero no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2Co 4,8-10).

Por lo que yo he podido averiguar de la vida en los casi cincuenta años que nuestra tierra ha tenido a bien darme cobijo, esa paradoja no se ha revelado nunca con tal claridad sino en el camino trazado, de una vez para siempre, por Jesucristo, el Dios vulnerable.

Por tanto, considérense esta modesta lección inaugural como un elogio del arte sublime de la vulnerabilidad hecho por un enamorado quijotesco. Podríamos seguir elogiándola con palabras, pero prefiero hacerlo contemplando imágenes, muestras y creaciones de seres humanos que han luchado con la condición humana como si fuera un gigante, pero que se han dejado vencer y convencer por la vulnerabilidad, que nos ofrecen como poemas visuales en piedra, pergamino, plata y pigmento.

Para cantar la paradójica fuerza de la fragilidad, algunos llegan hasta a buscar materiales tan frágiles como pétalos de rosa o incluso el apenas visible polen de avellana: casi nada, capaz de decirnos todo lo que necesitamos saber.

Ahora bien, para poder “sentir y gustar de las cosas internamente”, como insiste San Ignacio de Loyola (*Ej 2*), les pido solo una cosa: en cuanto encontremos una pequeña alegría, hagámonos tan pequeños como ella, para ser el instante que está lleno de ella, como invita a hacer el poeta Henri Meschonnic: “Hoy encontré / una pequeña alegría. Me hice / tan pequeño como ella para ser / el instante que está lleno de ella”⁵.

Un recorrido teológico en tres pasos: contemplar, discernir, servir

Quisiera desarrollar esta modesta teología de la vulnerabilidad en tres pasos consecutivos. Podríamos reconocer en ella el método ya clásico de la Juventud Obrera Cristiana, elaborado por el cardenal belga Joseph Cardijn, promulgado por la constitución pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes* y convertido en el hilo conductor de la Conferencia de Medellín (1968): ver, juzgar, actuar. O, en mi traducción: contemplar, discernir y servir.

En primer lugar, ver. Considerar y contemplar la dolorosa fragilidad de la condición humana, la que nos reúne esta tarde y la que merece nuestra atención y nuestro sumo cuidado, la que sube como pregunta hacia lo alto, como suena en el Libro del Apocalipsis: “¿Hasta cuándo, dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre?” (Ap 6,10). Contemplemos la frágil condición humana a través de la creación artística de nuestros contemporáneos.

⁵ Meschonnic, *Puesto que soy zarza*, 77.

Escuchémosla, cuidémosla en nosotros mismos y en nuestros vecinos, como quien ajusta su máscara de oxígeno antes de ayudar a otro.

En segundo lugar, juzgar o discernir. Contemplemos la misma fragilidad en Jesucristo, el Dios vulnerable. Admiremos cómo Dios se reviste de esta condición frágil, la elige, la adopta y la hace suya, convirtiéndola así en lo más excelso, sin la menor pizca de artificialidad, el camino de la vulnerabilidad.

En tercer lugar, actuar o servir. Andemos este camino, que se hace al andar, como aquellos discípulos en camino hacia el pueblo insignificante de Emaús que cobra todo su sentido al manifestarse Jesús, que desaparece al dejar huella ardiente en el corazón (Lc 24,13-35).

Llamo a este camino “apostólico”, porque en arameo, el enviado o el apóstol se dice *shlijô*, desnudo, desarmado, vulnerable, expuesto y atrevidamente capaz de ser herido. Así el enviado debe ir sin protecciones, como cordero entre lobos (Mt 10,16), evitando tanto el escollo de dejarse pisar por ingenuo como el escollo de no salir de sí por cobarde.

Por tanto, empecemos este recorrido teológico trazando primero los esbozos de una *antropología* teológica, contemplando tanto la belleza como la crudeza, tanto lo tremendo como lo fascinante de la fragilidad humana.

Desde estas bases antropológicas, adentrémonos aún más en el misterio del ser humano esbozando una *crisología* descendente y ascendente, siguiendo los mismos pasos de Dios: discerniendo en tal abajamiento la auténtica elevación del ser humano, descubriendo en el misterio de Jesucristo la respuesta a la pregunta que somos para nosotros mismos⁶.

Finalmente, el camino antropológico y cristológico nos llevará a lo que podríamos llamar una *eclesiología* escatológica, vislumbrando las primeras pinceladas del Reino de los cielos, cuando Cristo “transforme nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo”, como solemos rezar en la tercera plegaria eucarística.

En breve, trazaremos un recorrido desde el padecimiento humano, pasando por la pasión divina para llegar a la compasión divino-humana.

Si es cierto que cualquier reflexión teológica está llamada a ser *inaugural* en el sentido mayéutico de despertar lo nuevo, lo inédito, lo insospechado, lo increíble, lo improbable y lo imposible (porque el Dios vivo no deja de sorprendernos, porque para Dios nada es imposible), esta lección en concreto se quiere *inaugural* no porque pretenda estrenar algo totalmente novedoso para ustedes, sino porque aspira a que

⁶ Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual (1965)” 22.

algo *resuene* dentro de ustedes, refiriéndome al prolífico concepto del sociólogo alemán Hartmut Rosa⁷.

Ahora bien, solo puede haber resonancia si lo nuevo se dice en términos familiares, si lo desconocido se muestra en colores conocidos, si lo divino se revela en lo humano. La novedad reside en descubrir lo conocido y familiar como asombrosamente nuevo.

Al mismo tiempo, este recorrido teológico a través del arte plantea una cuestión epistemológica. Este recorrido nos lleva de la mano hacia un modo de pensar teológico que se ha familiarizado y adiestrado en el arte de navegar entre obras de arte como *loci theologici*, o, mejor dicho, *loci mystagogici*, lugares propicios para adentrarse en el misterio con nombre y rostro que se llama Dios. En efecto, como decía Ricoeur, el símbolo da que pensar.

Dejémosnos ahora llevar de la mano por una docena de artistas contemporáneos que de algún modo fraguan el camino de la vulnerabilidad a partir de la frágil condición humana, desvelando la atrayente fuerza de lo frágil.

En este sentido, como nos recuerdan tanto Romano Guardini como el papa Francisco en su reciente discurso a los artistas⁸, esos artistas son profetas, porque, a pesar de la indiferencia y de la irreverencia (y de la falta de imaginación) que parecen reinar actualmente en nuestro mundo preso de la “rapidación” y de la polarización, están imbuidos de esa virtud teologal que se ha hecho una extrema rareza en nuestro tiempo: la esperanza, capaz de brillar como fina nota en medio de una pared blanca, capaz de impregnar tanta banalidad con sentido y pasión.

La frágil condición humana

Empecemos nuestro recorrido, considerando primero la frágil condición humana. Contemplemos una obra del artista indio-británico Anish Kapoor⁹. Vemos una mancha roja en una banal pared blanca, en la cual sin duda reconocemos un *vulnus*, una herida, una llaga.

Escuchémosla como si fuese una nota suspendida en el aire, capaz de convertir la mudez de la pared en canto y capaz de transfigurar lo ordinario en algo festivo. Abstraída de cualquier contexto narrativo, esta herida canta la historia universal de

⁷ Véase a Rosa, *Resonancia: una sociología de la relación con el mundo*.

⁸ Guardini, “La esencia de la obra de arte”, I, 308-331; Francisco, “Discurso a los artistas con ocasión del 50 aniversario de la inauguración de la colección de arte moderno de los Museos Vaticanos” (23 de junio de 2023).

⁹ Se trata de la obra de Kapoor, *La curación de Santo Tomás* (1989). Véase una meditación en Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*, 12-14.

la humanidad herida y del mundo herido. Cuanto más vivimos y amamos, más heridas acumulamos.

Algunas heridas son visibles, otras las escondemos a toda costa, incluso a nosotros mismos, incluso sin saberlo. Algunas heridas, ya cicatrizadas, las llevamos como trofeos de batallas vetustas. Como la del abuelo cuya cicatriz le convirtió en héroe ante los ojos del pequeño Gabo, pero cuya herida interior seguirá abierta hasta el final de su vida: “No sabes lo que pesa un muerto”, refiriéndose a la herida que deja el hecho de haber matado a un ser humano¹⁰. Ya tocamos el misterio del héroe que se reconoce paradójicamente en sus heridas.

Algunas heridas apenas se curan con el tiempo. Las llevamos encima, grabadas en nuestra piel, en nuestra carne y en nuestro corazón. Desgraciadamente, algunas vidas nacen heridas, presas de las fuerzas deshumanizadoras que dominan el mundo.

El mundo herido

Quisiera empezar por tres obras de una artista colombiana que admiro mucho y cuya obra me acompaña desde hace tiempo. Se trata de Doris Salcedo.

La obra *Shibboleth* (2007) destaca la grieta que persiste en nuestro mundo herido. Como suele ocurrir, el arte merecedor de este nombre mete el dedo en la llaga sin herir, denuncia una situación injusta sin añadir injusticia, acusa al violento sin violentar. Ese es un criterio excelente para distinguir el arte auténtico del arte que no lo es.

Nuestro mundo es un mundo herido. Existen muchas grietas más o menos visibles que dividen a pueblos y a continentes enteros, levantando vallas y separando seres que comparten una misma condición humana, igual de frágil. Nos escondemos tras máscaras de fortaleza ilusoria.

La artista se hizo famosa por destapar esta grieta en la Tate Modern de Londres: una intervención igual de atrevidamente mínima que la obra anterior y que condensa tanto lamento profético que parece tener proporciones bíblicas. Dice más con menos.

Su nombre bíblico se refiere al genocidio de los efrimitas, incapaces de pronunciar la palabra *shibboleth* y, por tanto, por su acento forastero merecedores de la muerte para quien le resulta tan difícil aceptar cualquier diferencia (Jc 12,6). Desgraciadamente, una historia bíblica que no ha perdido nada de su actualidad.

Con la obra *A flor de piel* (2012), la artista contribuye a la memoria colectiva cosiendo pétalos de rosa con hilo quirúrgico: ¡Imagínense obra más frágil que esta!

¹⁰ Saldívar, “De *Las mil y una noches* a *Cien años de soledad*”.

Así crea su frágil pero firme ramo de flores, su homenaje a las víctimas violadas, torturadas y asesinadas durante el conflicto armado.

Para esta obra se inspiró en concreto en una enfermera adiestrada en suturar heridas para curarlas. Desechada, como tantas víctimas, en un rincón como este manto color sangre y color pasión.

Finalmente, en *Palimpsesto*, instalación que he podido conocer en 2017 en el Palacio de Cristal en Madrid, la artista tan sensible a las exclusiones que persisten entre el primer y el tercer mundo, elige la frágil materia del agua para escribir en unas losas grises, que tienen mucho de piedras tumbales, su poema acuático, su canto a la vida, su salmo de lágrimas que forman los nombres de los ahogados en el Mediterráneo, cuya esperanza de llegar a la tierra prometida del primer mundo se vio brutalmente abortada.

Homo homini lupus

Los artistas gritan como voces raucas en el desierto: nos parecemos a manadas de lobos que, imaginándose potentes, olvidando su condición frágil, se lanzan frenéticamente para tener la momentánea impresión de volar hasta que, irremediabilmente, se estrellan, una y otra vez, contra la misma pared invisible.

Llámeselo comunismo, capitalismo, imperialismo, colonialismo, sexismo o racismo, la obra del artista chino Cai Guo-Qiang (*Head On*, 2006) nos invita a detener cualquier frenetismo ideológico que no lleva a ninguna parte, sino que solo confirma lo de Hobbes, que *homo homini lupus*.

Libertad coartada

Las palomas en porcelana de la artista saudí Manal AlDowayan (*Suspended Together*, 2011) también usan el recurso del mundo animal para destapar injusticias y grietas que separan y victimizan a seres humanos por un capricho que se disfraza de ley natural. Aunque parezcan inofensivas e ingenuas, en manos de la artista, las palomas se vuelven astutas como serpientes y muerden y rugen como leonas.

Cada paloma simboliza a una mujer saudí que, por el simple hecho de haber nacido mujer, cuelga del capricho de un varón para poder viajar. En efecto, estas palomas solo vuelan cuando tengan impresas en sus alas el permiso firmado por un tutor varón. Estas palomas están literalmente “suspendidas juntas”, como suena el título de la instalación.

Suspendidas en los dos sentidos: colgadas y eliminadas. Con una gran dosis de ironía, virtud tan alabada en los profetas bíblicos y en los artistas por el papa Francisco,

la obra también nos muestra un mundo esperanzador, este mundo como podría ser, un Reino de paz y de justicia en el cual cualquier persona podría moverse con libertad.

Fragilidad abrazada

La frágil condición humana nos define tanto, la dureza y la frialdad del mundo nos rodean tanto, que apenas encontramos en el abrazo con el otro el calor y el cariño necesarios para vivir, sin percatarnos de la mano de Dios que nos sostiene, como en la célebre obra de Auguste Rodin, *La mano de Dios* (1902). Solo quien sabe tomar distancia es capaz de captar la mano del creador artista que lo sostiene todo y todo lo admira como obra de sus manos.

Como si no bastara la fragilidad de nuestra condición humana, aquí simbolizada por la desnudez de la pareja entrelazada, empleamos mal nuestra supuesta fortaleza para separarnos más, olvidándonos de esta mano que todo sostiene. Los odres se rompen y se pierde el vino nuevo (Mt 9,17). Según la fe cristiana, la única salida de esta situación no se ha impuesto por la fuerza, sino que se forjó por la fragilidad.

Hubo un Dios todopoderoso que, un día, decidió inaugurar su obra de reconciliación optando, contra toda lógica humana, no por la fuerza, sino por la fragilidad. Adoptó la frágil condición humana para fraguar en ella el cauce de la vulnerabilidad, el camino de la salvación.

El Dios vulnerable

Después de contemplar al mundo herido y dividido por la fragilidad de la condición humana, demos ahora un paso más en nuestro recorrido, discerniendo en el mundo las huellas del Dios vulnerable para, juntos, poder seguir sus pasos en un tercer tiempo.

Desde su nacimiento, Jesús de Nazaret demuestra tal fragilidad que pueda resultar ofensivo a nuestra idea de Dios todopoderoso. Nadie en su sano juicio dejaría a un bebé expuesto en el suelo como en el *Nacimiento* (h. 1455) de Dieric Bouts¹¹. Adopta la fragilidad humana para convertirla en vulnerabilidad, en auténtica y paradójica fortaleza. San Agustín ha intuido que su modo de vivir la fragilidad tiene que ver con nuestra salvación:

La fuerza de Cristo te ha creado; la *fragilidad* de Cristo te ha re-creado. La fuerza de Cristo llamó a la existencia a lo que no existía; la *fragilidad* de Cristo impidió que se perdiera lo que existía. Con su fuerza nos creó, con su *fragilidad* vino a socorrernos.

¹¹ Véanse una meditación en Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*, 74-76.

En esta línea, Dietrich Bonhoeffer dijo: “Con su fragilidad, vino a buscarnos”. Es cierto: paradójicamente, la fragilidad elegida será la espada con la cual desarmará a sus adversarios. Para dar un solo ejemplo, cuando le traen a una mujer acusada de adulterio, Jesús se muestra vulnerable, lo que bien demuestra Pieter Brueghel el Viejo, en *Cristo y la adúltera* (1565)¹².

Lo vemos descalzo, arrodillado y obviamente en el punto más kenótico del cuadro. Se inclina hasta dos veces (según el texto bíblico: Jn 8,3-11) porque confía tanto en que no la van a apedrear, dejándose contaminar incluso por la acusación, entrando en el espacio peligroso de la acusación, atrevidamente exponiéndose él mismo a las piedras: así, el Dios vulnerable ofrece su salvación desde abajo, levanta a la mujer y abre el espacio del perdón más allá del don.

Vulnerabilidad expuesta

Jesús sigue fraguando el camino de la vulnerabilidad hasta que se muestra expuesto al mundo como pregunta e invitación: *Ecce homo*, Aquí tenéis al ser humano (Jn 19,5).

Contemplemos una instalación muy atrevida del artista británico agnóstico Mark Wallinger en una plaza muy concurrida del centro de Londres, que lleva precisamente este nombre bíblico (*Ecce Homo*, 1999). Puede que solo sea un homenaje a la frágil condición humana. No obstante, la obra toma prestado las famosas palabras de Pilato ante el pueblo, refiriéndose al Dios vulnerable, Jesucristo, un rey diferente, un líder distinto de todos los demás.

Hay algo tremendo y fascinante en el modo en que ocupa el espacio del zócalo: no lo llena como otros héroes muy humanos, que desde lo alto esperan nuestra mirada de admiración. Este no. Este nos representa y nos hace presentes en nuestra propia vulnerabilidad. Sereno, la ofrece como camino y virtud, como habilidad y fortaleza. Como sumo riesgo y suma libertad.

Nos la hace atrayente y accesible: ¿Me siguen? Ofrece un modo de ser humano diferente. Paradójicamente, lo vulnerable tiene el poder de desarmar lo grandilocuente que se engría de sí mismo. Lo dice el poeta español Tomás Sánchez Santiago: “Nada como lo pequeño para dismantelar la estatura de lo apabullante”¹³.

Igual que el frágil héroe don Alonso Quijano (más conocido bajo su apodo de “el Quijote”) y los personajes de Gabriel García Márquez, también nuestro Señor tiene mucho de antihéroe, aunque nos invaden corrientes que solo pretenden verle

¹² *Ibíd.*, 78-81.

¹³ Véase a Sánchez Santiago, *La belleza de lo pequeño*.

con capa de superhéroe todopoderoso. Contra estas corrientes existe la vacuna de la paradoja de la “fuerza que se dice en la debilidad” (2Co 12,9).

La herida sanadora

Con esta paradoja, volvemos a la obra de Anish Kapoor que hemos contemplado al principio. Es una intervención mínima, escueta, casi insubstancial (pero carísima). Ya hemos señalado su referencia a la frágil condición humana. No obstante, va mucho más allá.

En efecto, condensa en sí toda una vida, que se manifiesta solo para quien se toma su tiempo, para quien detiene sus prisas, para quien se ha ejercitado en la comida lenta, para quien cultiva la sensibilidad de lo sencillo, para quien se ha acostumbrado eucarísticamente a encontrar lo máximo en lo mínimo, lo excelso en lo más pequeño, la fuerza en lo frágil, el campo abierto en la brecha y la sanación en la herida. No se trata de complacerse ni regodearse en la llaga, sino de reconocerla como ventana, bisagra, umbral, invitación abierta a entrar en otra dimensión, sorprendentemente teológica.

En efecto, el título de la obra, *La curación de Santo Tomás* (1989), indica que, además de una herida humana, se trata de la herida que Dios recibe en su sagrado corazón, la llaga sanadora del costado del nuevo Adán por la que el apóstol Tomás queda sanado de sus dudas y exclama: “¡Mi Señor y mi Dios!” (Jn 20,28).

Tocamos con el apóstol Tomás a la paradoja central de la fe cristiana, reconociendo en el Resucitado al Crucificado. Esta herida es paradójicamente medicina para nuestras heridas. Algo que no se llegará a explicar nunca satisfactoriamente en tratados y tomos polvorientos llenos de palabras, conceptos, ideas y elucubraciones escolásticas.

Algo que tal vez solo se pueda captar en una experiencia mística o entre las palabras convocadas de un poema. Algo que solo se puede condensar en una minúscula mancha roja en una pared blanca, que tiene ese misterioso poder de volver significativa cualquier banalidad, como si fuera la pared misma que está sangrando, como si fuera la pared misma el cuerpo herido y sanador.

Algo que solo se puede vivir dando un paso adelante, atreviéndose a atravesar la pared de la banalidad hacia otra dimensión, un poco como el joven Harry Potter en el andén nueve y tres cuartos. Aunque aquí no se trata de magia, bien lo quisiéramos. Aquí, el único *hocus pocus* es lo certero *Hoc est corpus*: aunque no lo veamos, aquí hay el cuerpo herido, deslumbrante y glorioso del Resucitado, cuya llaga es sanadora.

Algo que solo se puede entender bebiendo, siguiendo la invitación del místico alemán Angelus Silesius: “La herida que mi Dios por mí recibe en el corazón es

causa de que me regale su sangre y el agua. Si bebo sin medida, entonces mis heridas encuentran su verdadero bálsamo y su mejor remedio”¹⁴. Ante esta obra, cobra sentido la conocida frase de Simone Weil sobre que la pureza no es estar sin mancha, sino que es “nuestra capacidad para contemplar la mancha”¹⁵.

Esa nota fina y alta, como delicado pero firme canto del pájaro que rompe el silencio matutino, inaugura una nueva etapa en la vida del apóstol Tomás. Activa una aplicación durmiente en él desde hace tiempo, desde antes de nacer. Despierta una dimensión insospechada, pero que lleva consigo desde su nacimiento y que nunca ha cesado de madurar hasta este punto en que puede florecer y dar frutos.

Caravaggio (*La curación de Santo Tomás*, 1602) muestra más, pero dice lo mismo. Menos pulido, menos escueto y menos abstracto, más impertinente, más impúdico, más atrevido, más provocador y chocante, más concreto y carnal. Ambos meten el dedo en la llaga. Ambos condensan lo esencial en la herida de Jesús. Ambos invitan a mirar más allá de la llaga, a penetrar sin pudor por esta ventana y a adentrarnos en el misterio del amor divino que adopta la fragilidad humana para convertirla en fortaleza, que es riesgo y libertad y se llama “vulner-habilidad”.

En sus heridas, los discípulos reconocen que el Resucitado y el crucificado son uno y el mismo. El Resucitado no esconde sus heridas, tampoco en su gloria, sino que las muestra sin pudor como camino y como virtud, como en el tímpano de muchas catedrales, como en el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, donde sus llagas siguen sangrando hasta el fin de los tiempos.

Con la herida sanadora, llegamos al corazón (pero no el final) de nuestro recorrido. Se trata de la paradoja que maravilla tanto al padre de la Iglesia del siglo cuarto, el obispo San Gregorio de Nisa, que cito sin necesidad de comentar, tan clara y maravillosa es su exposición:

Que la naturaleza omnipotente haya sido capaz de bajar hasta la humilde condición humana demuestra la potencia mucho más que el carácter grandioso y sobrehumano de los milagros. [...] El abajamiento hasta la humanidad es sobreabundancia de la potencia, que no halla obstáculo alguno en las condiciones contrarias a su naturaleza. [...] Por lo que toca a la potencia divina y suprema: ni la grandeza de los cielos, ni el resplandor de los astros, ni el orden del universo, ni la continua providencia sobre los seres la ponen de manifiesto con tanta fuerza como su condescendencia hacia la debilidad de nuestra naturaleza, pues muestra cómo lo alto, al venir a lo humilde, se deja contemplar en lo humilde sin

¹⁴ Silesius, “La herida sanadora”, 132.

¹⁵ Véase a Weil, *La gravedad y la gracia*.

rebajarse de su altura, y cómo la divinidad se abraza con la naturaleza humana y se hace esta sin dejar de ser aquella.¹⁶

La potencia divina se hace humana sin dejar de ser divina. Saboreando este texto, como si fuera un palimpsesto, gustamos la sabiduría del himno de la Carta a los Filipenses sobre la kénosis (Flp 2,7-11). Esta paradoja es el núcleo de mi fe. Es lo que me ha atraído a la fe cristiana y es lo que sigue haciéndolo. Para mí, es una ley universal no porque sea abstracta, sino porque es personal, porque me llama y me sigue llamando, teniendo Nombre y Rostro: Jesús, el Cristo.

Se ha ido muy lejos al resaltar este misterio, como en unas miniaturas medievales, según las cuales Jesús entero es una enorme herida sangrienta, o el *Cristo rojo* (1922) de Lovis Corinth, adelantándose en siglos a la famosa (o, para algunos, infame) película de Mel Gibson (*The Passion of the Christ*, 2004) que, por cierto, empieza con la cita del siervo sufriente –“Sus heridas nos han curado” (Is 53,5)– como clave de lectura teológica necesaria para no escandalizar a los que solo son capaces de tomarlo todo de modo literal.

Ninguna de estas obras busca morbosamente el dolor, ni siquiera la oración medieval “Alma de Cristo” (*Anima Christi*), que tan delicadamente pide: “dentro de tus llagas, escóndeme” (*Intra tua vulnera absconde me*). A mi modo de ver, existe tan solo un modo adecuado para entenderlo, que es: hazme vulnerable como tú; transforme mi cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el tuyo; que me reconozcan como a ti, en mis heridas, por el modo en que las llevo: no ingenuamente a flor de piel, para que otros puedan pisarlas, no cobardemente escondidas tras máscaras patéticas de falsa fortaleza, sino arriesgado y liberado como tú, el Dios vulnerable.

En sus heridas lo reconocemos, como en el célebre *Jesús desamparado* (2013) del canadiense Timothy Schmalz, que se lee como una auténtica “encarnación” del Capítulo 25 del Evangelio de Mateo: “¿Cuándo, Señor, te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo?” (Mt 25) Por sus heridas se identifica con cualquier persona descartada y desechada: es Jesús, aunque no veamos claramente su rostro.

Nos llama la luz que ya se vislumbra a través de la herida, como en el impresionante sagrario de la capilla del centro espiritual jesuita de Ljubljana, del arquitecto esloveno Robert Dolinar, pequeño tratado cristológico en madera, que nos recuerda lo que cantó Leonard Cohen: “Hay una grieta en todo. Así es como entra la luz” (“*There is a crack in everything. That’s how the light gets in*”). Por la grieta pasamos a otra dimensión.

¹⁶ San Gregorio de Nisa, *La gran catequesis. Oratio catechetica* XXIV 2-3, 114-115.

La vulnerabilidad apostólica

La vulnerabilidad que Jesús adopta como su seña de identidad, la transmite a sus apóstoles, a los que envía como corderos en medio de lobos, asegurándose de que lleven un poco menos de lo necesario para así depender de los demás (Lc 10,3-7). No de modo ingenuo, para que se dejen pisar y humillar por la gente –porque quien se muestra vulnerable se expone a cualquier tipo de abuso–, sino en modo alerta y desde el discernimiento, para sacudir el polvo de los pies en cuanto sea necesario (Lc 10,11).

No obstante el enorme riesgo que esto implica, Jesús lo asume; e insta a que sus discípulos se arriesguen con la vulnerabilidad, que es un arte tan temido y despreciado. Se asegura de que ellos no anden por acá y por allá sirviendo y haciendo el bien desde sus fortalezas y sus talentos, porque los seres humanos somos tan ávidos de considerarnos méritos propios y no como dones del Espíritu Santo que son para la edificación del cuerpo. Ante todo, para poder tener parte con Cristo, el Dios vulnerable, tienen que dejarse lavar los pies, cueste lo que cueste (Jn 13).

Siguiendo el ejemplo del jesuita estadounidense Michael Buckley, a los jesuitas que se preparan para el sacerdocio, siempre les pregunto lo mismo:

¿Eres lo suficientemente vulnerable para ser sacerdote? Es decir, ¿tienes suficientes fallas como para hallarte desarmado ante no pequeños sufrimientos en tu vida, de manera que puedas vivir con cierta carga de fracasos y de modo que percibas bien lo que significa ser una persona corriente?»¹⁷

Decía Don Bosco que “ser bueno no consiste en no cometer ninguna falta, sino en saber enmendarse”.

La vulnerabilidad parece ser el único camino de la santidad, como también confirma el sacerdote y psicoanalista francés Jean-François Noël¹⁸. Paradójicamente, la fortaleza de la santidad radica precisamente en la fragilidad que parece amenazarlo.

Lo demuestra bien el buen samaritano, por ejemplo, en la impactante versión de un abrazo de la mano del francés Aimé Morot (*El buen samaritano*, 1880)¹⁹. El samaritano, viejo (pero “entre viejos no tan viejo”), pobre, con la piel desgastada y las piernas inestables, hubiera podido ocultarse tras su propia fragilidad como excusa para no ayudar. Anda descalzo, sus rodillas titubean. Su propia vulnerabilidad no le impide socorrer a quien más lo necesita. “Tuvo compasión” (Lc 10,33).

¹⁷ Buckley, “Because Beset by Weakness...”, 125-130.

¹⁸ Véase a Noël, *L'écharde dans la chair*.

¹⁹ Véase una meditación en Daelemans, *El abrazo en el arte: un recorrido espiritual*.

En esto se parece a Dios. En él aparece la mano de Dios que nos lleva y nos cuida. En su flagrante desnudez, el joven herido que tanto el levita como el sacerdote dejaron por muerto, clama por nuestra ayuda. Su postura nos recuerda la del descendimiento de la cruz. En efecto, “cuanto hicisteis a uno de esos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40).

Cómo no recordar la profética exhortación del papa Francisco: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”²⁰.

De este modo, desde que cayó herido en la batalla de Pamplona, San Ignacio salió siempre inclinado hacia delante, consciente de su vulnerabilidad, herido en su interior por su afán voluntarista²¹, con solo una capa para protegerse contra la intemperie, en su mano la carta que se hace uno con su cuerpo apostólico, como demuestra el escultor canadiense William McElcheran en su obra *San Ignacio peregrino* (1964).

Vulnerabilidad llevada

En la vulnerabilidad no hay héroes. Todos andamos heridos y rotos como antihéroes luchando contra molinos de viento. Como muchos, si no todos los personajes de García Márquez. Como Florentino Ariza, que descubre que “el amor se hace más grande y noble en la calamidad”; que “la humanidad, como los ejércitos en campaña, avanza a la velocidad del más lento”.

Así, ayudándonos los unos a los otros, ninguna desgarradura, ninguna grieta y ninguna fisura nos impedirá apoyarnos en el otro para desplegarlos bailando y cantar nuestro Magnificat, como en un bronce del escultor francés Denis Chetbounne (*Porté*). Aún más que esto. Dice el jesuita maltés Tony Mifsud: “El ascenso a Dios pasa por el descenso a la propia realidad. [...] No son precisamente las virtudes las que más abren a Dios sino las propias flaquezas, incluso los propios pecados”²².

Así entendemos mejor lo que dice el aforista valenciano Daniel Mocher: “La estructura más firme son dos debilidades que se abrazan”.

Una vez más, Gabriel García Márquez nos ayuda a entender que la vulnerabilidad es la fuerza del amor en tiempos de cólera y de cualquier pandemia que resalta nuestra fragilidad.

Vulnerable es quien “convencido en la soledad de su alma de haber amado en silencio más que nadie jamás en este mundo”, se atreve a salir de la sombra para declarar

²⁰ (Evangelií Gaudium 49)

²¹ Véase a Elorriaga, *Las heridas de San Ignacio*.

²² Mifsud, *Una espiritualidad desde la fragilidad*, 15.

su amor, “trémulo y digno”, con “el sombrero en el sitio del corazón””: “Fermina, he esperado esta ocasión durante más de medio siglo, para repetirle una vez más el juramento de mi fidelidad eterna y mi amor para siempre”. Un atrevimiento dispuesto a ser herido, como en efecto ocurre en la novela.

Aquí, el Nobel de literatura menciona al Espíritu Santo, tal vez no sin ironía, pero lo menciona, y esto es lo importante: “Fermina Daza se habría creído frente a un loco, si no hubiera tenido motivos para pensar que Florentino Ariza estaba en aquel instante inspirado por la gracia del Espíritu Santo”. Florentino se arriesga, se muestra vulnerable, se expone al rechazo, pero es sumamente libre. El Espíritu Santo volverá a aparecer al final de la exquisita novela, en otro momento de gran inspiración o, en otras palabras, de una increíble, insospechada fuerza que se revela en la fragilidad.

Vulnerabilidad invencible

Hay obras que a primera vista nos chocan, como *La nona ora* (1999) de Maurizio Cattelan, donde un papa Juan Pablo II caído bajo el peso de un meteorito se aferra con todas sus fuerzas a su férula papal.

Algunos verán en ella la ridiculez de quien no se muestra vulnerable, aferrándose al poder, aunque ya no tiene fuerzas. No obstante, también es posible otra lectura, teológica más que sociológica: la que reconoce en la férula papal no el símbolo del poder humano e institucional, sino al paradójico poder del Dios todopoderoso, que se fragua en la vulnerabilidad. La obra también habla de una debilidad *elegida* por confiar en el Dios vulnerable, que dijo: “Mi fuerza se realiza en la flaqueza” (2Co 12,9). Es la paradoja evangélica y paulina: “Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2Co 12,10).

Cristalina fragilidad

Siguiendo esta lógica, la visión del cielo o de la *communio sanctorum* será entonces como la obra *Cumulus* (1998) del artista inglés Tony Cragg, una obra en la cual la fragilidad natural de cada cuenco o vaso se ha llevado a su ápice cristalino. Es una obra que hay que escuchar más que ver.

Son objetos cotidianos y ordinarios que solo vemos por su contenido cuando están en nuestros armarios y escaparates del supermercado. Ahora, transfigurados en algo excelso sin ser artificioso, están vacíos, abiertos al Espíritu.

Unidos por un mismo tono lechoso, símbolo apto para la gloria, conservan la riqueza de sus diferencias. Transfigurados, “blaqueados en la sangre del Cordero” (Ap 7,14), todos afinados para un mismo concierto eterno en la que Dios es “todo en todos” (1Co 15,28).

En este sentido, la santidad bien pudiera ser el proceso de la “vulnerabilización”, el proceso de hacernos más capaces aún de ser heridos, el proceso de unirnos entre nosotros sin quitarnos nuestra personalidad. La santidad nos embellece haciendo más cristalina nuestra fragilidad.

Luminiscente fragilidad

Este proceso de vulnerabilización nos lleva a una renovada sensibilidad y una opción preferencial por lo pequeño, lo pobre, lo mundano y lo frágil, esta predilección por lo débil que caracterizaba tanto a Jesús de Nazaret.

Nos lleva a apreciar de nuevo lo más desapercibido, que es también lo más fecundo: polen de avellana, en las conocidas instalaciones del artista alemán Wolfgang Laib, que recoge el polen y lo amasa pacientemente en una alfombra hasta que desprende tanta luz, tanto brillo que parece venir de otro mundo.

Tal vez sea cierto: se nos ha abierto una nueva dimensión que nos invita a entrar para ver todas las cosas nuevas. El artista se muestra humilde, su labor solo consiste en recoger la materia natural y organizarla, para después desaparecer tras su obra. Se muestra vulnerable en el hecho de no imponer su propio ego, sino de escuchar y estar al servicio.

Otras veces, amontona el polen en una pequeña montaña de gran intensidad. Condensa la esencia de las religiones en esta montaña donde el cielo y tierra se encuentran. En 2019, expuso una de esas minúsculas obras de polen en el convento de San Marco en Florencia, despertando un diálogo delicado y maravilloso con la obra de Fra Angelico, reuniendo sin necesidad de palabras la herida sanadora del Dios vulnerable con la luz tan natural y tan divina que se desprende de la pequeña montaña.

Su intervención minúscula es tan humilde que encuentra su hogar sin entrar en conflicto con la majestad del arte histórico, como si siempre hubiera estado allí. Aunque contemporánea, no está fuera de sitio, porque canta el mismo mensaje de esperanza, la misma buena nueva para quien sabe escuchar.

Dolor y consuelo

Terminemos este recorrido como lo hemos empezado: con una artista colombiana. La instalación *Sudarios* (2011) de Erika Diettes reúne, de hecho, los tres pasos que hemos dado en este recorrido. En primer lugar, salta a la vista la desgarrada fragilidad humana de estos rostros desnudos, crispados de dolor y desprovistos de color, de mujeres que narran la desaparición de un ser querido durante el conflicto armado. Son piedades sin cuerpo para llorar ni abrazar.

Impresas en finas telas de seda y colgadas en una iglesia, estas mujeres sin voz gritan su dolor que queda atrapado en la garganta: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34) Esa también es Palabra de Dios para escuchar en el templo. Son llagas abiertas en el cielo, ángeles tristes que nos mantienen despiertos y nos interpelan. Despojadas de cualquier particularidad, cuentan una historia universal.

En segundo lugar, el título *Sudarios* conecta con la vulnerabilidad de Dios mismo, que dijo: “He visto la aflicción de mi pueblo [...], he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo [...] y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa” (Ex 3,7-8). La agonía de esas mujeres conecta con la de la Virgen al pie de la cruz.

En tercer lugar, el día de 2015 que visité esta instalación en la iglesia madrileña de San José, había un sacerdote escuchando una confesión²³. Quedan así entrelazados el espacio sacramental con el espacio habitado por esas víctimas sin voz. Reunidas en el mismo espacio sagrado: mujeres heridas narrando lo que les pesa y les duele. Nuestro mundo “gimiendo dolores de parto” (Rm 8,22) a la espera del Salvador.

Siguiendo la invitación del profeta –“Consolad, consolad a mi pueblo” (Is 40,1)–, compete al sacerdote escuchar, consolar y reconciliar: ofrecer un consuelo y un perdón que ni siquiera son suyos, sino que ha sabido recibir y acoger para poder transmitir.

En sí mismo, igual que *El gran profeta* (1933) de Pablo Gargallo, este sacerdote ha sabido mantener hueco este vacío, esta grieta, esa fisura que atraviesa todo su ser y la mantiene atrevidamente vulnerable, sin llenarlo (con sus supuestas fortalezas, talentos, ego), para poder ser, no la fuente, sino el espacio del perdón. Porque la palabra a la que prestamos nuestra voz no viene de nosotros.

Solo vulnerables podemos ser profetas de esperanza en el mundo de hoy. La vulnerabilidad profética y apostólica es aquella que, a ejemplo del Maestro, se mantiene vulnerable para ser apostólica. Porque “no hay verdadero diálogo sino de herido a herido” (Pedro Rodríguez Panizo).

El anillo abierto

Permítanme, como colofón, referirme brevemente a la arquitectura eclesial en lo que pueda aportar a esta reflexión acerca de la vulnerabilidad sin que se trate de meras intervenciones cosméticas, sobre todo en el modo en cómo se habita.

²³ Véanse la fotografía y la meditación en Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*, 58-61.

De hecho, nos descubrimos escoltados por una auténtica reflexión espacial que llamaría incluso “teotópica” más que meramente teológica, entendiendo el *logos* en su sentido encarnado y situado. Vemos en este sentido cómo la arquitectura envuelve la liturgia y se vuelve ella misma liturgia²⁴.

En el año 1938, el arquitecto alemán Rudolf Schwarz, amigo del teólogo Romano Guardini, escribe su famosa teoría sobre la construcción de iglesias. Es una teoría enteramente basada en la concepción de la asamblea eclesial como cuerpo de Cristo. Y, como el cuerpo está vivo, también adopta distintas posturas en el tiempo; posturas que expresan cierta actitud interior.

Su postura predilecta era el “anillo abierto”, en la cual percibimos a la asamblea litúrgica a la vez centrada en el altar y orientada hacia un espacio abierto y vacío, del cual dice que es la brecha por la cual entra Dios en el mundo. En efecto, subraya que esta configuración comunitaria es una postura herida y, además, herida por Dios²⁵. Pero, precediendo ya a Leonard Cohen, es la brecha por la que entra la luz. Reconoce en el lugar de la asamblea el espacio del Espíritu, que se abre por el umbral cristológico del altar a la eternidad inefable del Padre.

No conozco mejor aplicación de esta visión trinitaria que la maravillosa postura que adopta la asamblea eucarística durante el rito penitencial en la iglesia parisina *Saint-François de Molitor* (arquitecto Jean-Marie Duthilleul, 2005). Es como si la asamblea litúrgica reconociera su fragilidad y a la vez expresara su esperanza por ese modo de abrirse corporal y espiritualmente a la misericordia, a la luz, a la cruz, al paraíso y a la parusía, representada por este jardín luminoso²⁶. De este modo, esa comunidad parroquial encarna de modo creativo e innovador una gran intuición de Louis Bouyer y de Joseph Ratzinger, que abogaron a recuperar de modo creativo la dirección del *versus orientem*²⁷.

Conclusión: la fuerza de lo frágil

Esta lección inaugural ha llegado a rozar a ratos la confesión de aquel enamorado vulnerable que, a pesar de largas peripecias y odiseas por el mundo o, más bien, gracias

²⁴ “Estas cosas no están destinadas a servir a la liturgia, sino a ser liturgia, aunque sea de manera modesta” (Schwarz, *Construir una iglesia*, 222).

²⁵ *Ibid.*, 96.

²⁶ Véase más en detalle en Daelemans, *Spiritus loci. A Theological Method for Contemporary Church Architecture*, 266-275.

²⁷ Bouyer, *Arquitectura y liturgia*, 85-108; Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, 84-106.

a ellas, por fin encuentra la “hermosura tan antigua y tan nueva”, el amor de su vida, y que llama a sus vecinos a compartir su alegría (Lc 15).

No cesaremos de explorar, y el fin de todas nuestras exploraciones será volver al lugar donde empezamos y conocerlo por primera vez, como decía T. S. Eliot. Concluimos con la observación de que, tanto en la naturaleza como en la vida humana, nos atrae la extraordinaria, increíble, paradójica fuerza de lo frágil, que se fragua un camino pese a todo, como demuestra bien una obra de la escultora madrileña Cristina Almodóvar (*Mesa*, serie Colonizaciones, 2021), que ofrezco como un dulce después de este banquete suculento que espero haya sido de su agrado.

La fragilidad de la hierba, que tanto en el salmo²⁸ como en esta obra simboliza la vida humana, es, como el amor mismo, más fuerte que la muerte (Ct 8,6). La vida alimentada por el amor en persona, pese a ser frágil, rompe los esquemas preconcebidos, aterradores y cerrados en sí mismos. Esa es nuestra esperanza, basada en una fe que mueve montañas.

Entonces, igual que el capitán del barco que era testigo del amor invencible entre Fermina Daza y Florentino Ariza, nos asustará “la sospecha tardía de que es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites”.

Referencias bibliográficas

Bouyer, Louis. *Arquitectura y liturgia*. Bilbao: Grafite, 2002.

Buckley, Michael J. “Because Beset by Weakness...” En *To Be a Priest*, editado por R. Terwilliger y U. Holmes, 125-130. New York (NY): Seabury Press, 1975.

Concilio Vaticano II. “Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual (1965)”. *Vatican*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html (consultado el 27 de junio del 2023).

Daelemans, Bert. *El abrazo en el arte: un recorrido espiritual*. Madrid: PPC, 2023.

Daelemans, Bert. *La fuerza de lo débil: paradoja y teología*. Madrid: Sal Terrae, 2022.

Daelemans, Bert. *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*. Madrid: PPC, 2021.

Daelemans, Bert. *Spiritus loci. A Theological Method for Contemporary Church Architecture*. Leiden-Boston: Brill, 2015.

²⁸ “Nuestra vida es como la hierba, que pronto se marchita; somos como las flores del campo: crecemos y florecemos, pero tan pronto sopla el viento, dejamos de existir y nadie vuelve a vernos” (Sal 103,15-18).

- Elorriaga, Federico. *Las heridas de San Ignacio*. Bilbao: Mensajero, 2010.
- Francisco. “Discurso a los artistas con ocasión del 50 aniversario de la inauguración de la colección de arte moderno de los Museos Vaticanos” (23 de junio de 2023). *Vatican*, <https://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2023/june/documents/20230623-artisti.html> (consultado el 27 de junio del 2023).
- Francisco. “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (2013)”. *Vatican*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html (consultado el 27 de junio del 2023).
- García Márquez, Gabriel. *El amor en los tiempos del cólera*. Barcelona: Penguin Random House, 2014.
- Guardini, Romano. “La esencia de la obra de arte”. En *Obras de Romano Guardini*, Vol. I, 308-331. Madrid: Cristiandad, 1981.
- Meschonnic, Henri. *Puesto que soy zarza*. Buenos Aires: Leviatán, 2008.
- Mifsud, Tony. *Una espiritualidad desde la fragilidad*. Bilbao: Mensajero, 2015.
- Noël, Jean-François. *L'écharde dans la chair*. Paris: Desclée de Brouwer, 2011.
- Nussbaum, Martha. *La fragilidad del bien*. Madrid: Visor, 1995.
- Ratzinger, Joseph. *El espíritu de la liturgia*. Madrid: Cristiandad, 2005.
- Rodríguez Panizo, Pedro. *La herida esencial*. Madrid: San Pablo, 2013.
- Rosa, Hartmut. *Resonancia: una sociología de la relación con el mundo*. Madrid: Katz, 2019.
- Saldívar, Dasso. “De *Las mil y una noches* a *Cien años de soledad*”. *Centro Virtual Cervantes*, https://cvc.cervantes.es/actcult/garcia_marquez/imagen/mil_y_una.htm (consultado el 7 de febrero de 2024).
- San Gregorio de Nisa. *La gran catequesis. Oratio catechetica XXIV 2-3*. Madrid: Ciudad Nueva, 1994.
- Sánchez Santiago, Tomás. *La belleza de lo pequeño*. León: Eolas, 2022.
- Silesius, Angelus. “La herida sanadora”. En *El peregrino querúbico*, 132. Traducido por Lluís Duch Álvarez. Madrid: Siruela, 2005.
- Schwarz, Rudolf. *Construir una iglesia*. Traducción de Esteban Fernández-Cobián. La Coruña: Universidade da Coruña, 2021.
- Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*. Madrid: Trotta, 1994.